

Manifiesto contra la lectura: la vida secreta de una dama perfecta

Diana Paola Guzmán Méndez

Profesora de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la UdeA y coordinadora del Fondo Editorial de la FCF -FOCO-, lectora, profesora e investigadora disidente, siempre disidente, paola.guzman@udea.edu.co

Existen hermosos y contundentes textos defendiendo la lectura, hablando de sus bondades, de sus efectos benéficos. Pensamos en la lectura como una necesidad vital, como un derecho, incluso, como una política de Estado que merece presupuestos, expertos, instituciones. La lectura ha sido princesa y doncella, caballito de batalla, renglón primero y último de la educación, tema de estudios, muestra del buen gusto, de las diferencias, enunciado de cifras, mediciones. La lectura lo ha sido todo y ha sido nada, una nada sustancial que habita escenarios, escondida en un rincón, esperando a que la saquen a bailar, ser la reina de la fiesta, para luego, a medianoche, volver a la trastienda del olvido.

Entonces, la lectura se transforma en un ropaje que nos hace mejores seres humanos, devotos, sabios, rebeldes, ciudadanos que, en lugar de caminar, vuelan por encima de los incultos. Conocemos la historia de la práctica, siempre casada con la escuela, con la Iglesia, con el Estado. Inmersa en un matrimonio desigual donde las apariencias superan el amor verdadero.

La lectura es conveniente, se ha plegado al poder cuando le corresponde, se cierra a narrativas poderosas y masivas o a placeres individuales que se niegan a ser compartidos. Este texto es un reclamo, no solo a los gobernantes, a los maestros, a los libreros, a los bibliotecarios, es un reclamo a la vecina molesta pero útil del barrio: la lectura.

La lectura como una amarga experiencia de exclusión

En 1872 se publica en Colombia el Decreto Orgánico de Instrucción Pública (DOIP). El gobierno del Olimpo Radical le había quitado a la Iglesia el monopolio de la educación, y la había promulgado como gratuita, obligatoria y laica. Digamos

que ese Decreto es el sueño hecho realidad de un Estado empoderado que antepone el derecho de sus ciudadanos a los compromisos con el Vaticano y las órdenes religiosas.

Pero como todo lo que parece bello y benéfico para la sociedad se evapora en el aire, este decreto, bien intencionado, a lo mejor, hizo diferencias tácitas entre los educandos del campo y la ciudad, sus horas de estudio, las clases y el material de lectura. Como era de esperarse, los niños y niñas del campo salieron perdiendo.

Pensemos en un maestro que recorre, bajo la idea de una escuela itinerante, el campo, los pueblos, las ciudades, pensemos en una biblioteca pequeña que viaja con ese sujeto atravesando los Andes colombianos. La lectura, dentro de una maleta, va dispuesta a cumplir con la misión primordial de entregarse al gusto propio de un lector furtivo.

En ese ejército de maestros marcha una mujer llamada Rosenda Torres, maestra rural antioqueña, quien reconoce como labor principal la formación de otras maestras. La profesora Torres escribe un 28 de diciembre de 1934 en el número 10 de la Revista *Educación* que la lectura en las escuelas del campo sirve para “cambiar ese aspecto de una raza inferior y esclavizada por otra donde despierten las dormidas energías, que no renuncien a su libertad, ni sacrifiquen su porvenir.”

Los llamados de Rosenda se mezclan con un profundo dolor porque el hambre y la enfermedad no abandona a los niños campesinos, así sepan leer. Una ilusión ronda a Rosenda, a pesar de todo, de toda esa realidad monstruosa, un niño que lee en el campo es menos esclavo. Punto para la lectura, mis respetos para Rosenda.

Don Guillermo Lozano, licenciado en educación, escribe en el mismo año que Rosenda y en la misma revista, que una de las perturbaciones más comunes en los niños que no aprenden a leer es la perturbación de la palabra. La lectura tiembla ante estas afirmaciones, no es acaso la lectura una palabra perturbada, afectada de un niño que no logra el silabeo perfecto. Aparece en escena otra forma de censura: la lectura es amiga de la inteligencia correcta, enemiga natural de los diferentes, de los tartamudos, de los que no pueden combinar una letra con otra. A esto, don Guillermo le suma el aspecto hereditario, si el niño tiene padres alcohólicos, si la madre ha tenido abortos, no será, nunca, un buen lector y, peor aún, un buen silabante.

La buena persona que parece ser la lectura, según don Guillermo; la muestra correcta de una familia perfecta, cristiana y buena se pone otro ropaje y no invita a su casa a los desheredados. Por un lado, las escuelas rurales evidencian la lectura como una práctica libertaria y necesaria para que aquellos invisibles se vean a sí mismos, pero, por otro, la corrección de la “buena lectura” la transforma en una experiencia lejana de la cotidianidad de los individuos.

Entonces, la lectura y su enseñanza se convirtieron en grandes preocupaciones de los gobiernos, por ejemplo, durante la República Liberal. En 1945, bajo el gobierno de Alfonso López, el decreto 1902 confirmaba la Ley 30 de 1944 bajo la cual se reglamenta la creación de la Sección de Alfabetización y Construcciones Escolares. Dentro de este decreto el 10% del Impuesto sobre la Renta, sería destinado al desarrollo de planes de alfabetización y construcción de escuelas y colegios.

Luego vinieron una serie de campañas de alfabetización que salieron en marcha rápida a combatir la ignorancia y a darles la miel del conocimiento medido a miles de colombianos. No en vano, la campaña de 1948 llamada “contra el Analfabetismo” demostraba que la conciencia de subdesarrollo situaba el problema en los sujetos que no podían leer ni escribir y no de un Estado que sangraba a sus ciudadanos. Incluso, a través del Decreto 20 de 1948 se instauraron las Juntas de Alfabetización constituidas por los padres, maestros, damas prestantes de la sociedad y párrocos. Con las juntas se oficializó la creación de las escuelas de alfabetización que

debían ser patrocinadas por las fábricas. Cada dueño contaría con un espacio de instrucción para los empleados y sus hijos. Todo parece justo; sin embargo, en ese mismo Decreto aparece el pécum de dichas escuelas. Rudimentos de lectura, saber firmar, saber sumar y, claro, una cátedra de moral cristiana. Al campesino y al obrero hay que darle lo que necesita el patrón para lucirse, nada más y nada menos.

Los obreros están sentados en una escuela con pupitres de madera, está oscuro, hace frío. La escuela nocturna del barrio Las Cruces en Bogotá reúne a un grupo de trabajadores que ocupan sus noches en aprender a leer y a escribir, a formarse en eso que llaman derechos. Cada obrero debe asistir un mínimo de 2 horas diarias a la escuela, cuya primera misión era llevar a cabo procesos de alfabetización inicial. La lectura es para los obreros un camino de emancipación y existencia posible. El afán por aprender a leer y a escribir se convierte en parte de una serie de necesidades que expresaron los trabajadores. En este sentido, la lectura no se evidenciaba como una práctica de instrucción necesaria para calmar las conciencias de los patrones, sino que se concebía como una forma de autoactivismo colectivo.

Es decir, las ideas que despeinan a la señora impoluta, blanca y bien portada no devienen nunca de las instituciones estatales, aparecen como flores de andén, en las necesidades y preguntas de los nadie. De hecho, los maestros ya consideraban en la década de 1920, la necesidad de enlazar la lectura con la intuición y la intuición con la creatividad, retomando los principios de la Ilustración española en cabeza de Jaime Balmes. Por eso, cuando en la década de 1970 hace su aparición la llamada animación, luego promoción y ahora mediación de la lectura, sus principios, tan novedosos, ya estaban cifrados en la primera mitad del siglo XX.

La relación entre las políticas desarrollistas de los estamentos mundiales y la lectura generó un matrimonio por conveniencia, de esos que hacen felices a los padres y a las tías quedadas. Una sociedad lectora es una sociedad que progresa y el Estado creará ejércitos de almas bien intencionadas que llevarán la lectura como la salida al hambre, a la desigualdad y, claro, a la obediencia inmediata. Leer bien, comprender el texto con la ayuda de un mediador letrado, sacará de la ignorancia a cientos de campesinos y obreros.



Pensemos en que la existencia de un sujeto llamado analfabeta solo puede ser resultado de un racero muy grueso, muy excluyente, muy correcto. Recordemos el Instituto Lingüístico de verano, un grupo de gringos cristianos que llegaron a la Amazonia con la misión de evangelizar y enseñar a leer y a escribir a los indígenas. Con su llegada, todos los ancianos sabedores, líderes de sus comunidades y que se negaron a aprender la palabra del hombre blanco se convirtieron en ignorantes y analfabetos: la palabra dicha no podía competir con la palabra impresa y unos ancianos rebeldes no podrían parar el progreso que trae conocer los libros.

Quisiera presentarles al señor José Osorio Gallego, labriego antioqueño, trabajador y conocedor de los suelos y las plantas. El señor Osorio era parte de esa estadística incómoda, de esos que no leían, analfabetas estructurales. José se cansó de ser un buen peón, trabajando para su señor, yendo a misa, asistiendo a una escuela que poco o nada le enseñaba. Fue así como a sus 15 años decidió retomar algunas lecciones, volver a aprender con su propio método y convertirse en maestro.

Pasó por las aulas de la Universidad de Antioquia y creó su propio método de enseñanza-aprendizaje llamado el Alfabetor. Consistía en una serie de cartillas y una máquina tipográfica que beneficiaba el aprendizaje de sus vecinos y amigos. El impulso principal fue la llamaba “alfabetización de emergencia” que miles de campesinos desplazados necesitaron para comunicarse con su familia ausente. Osorio comprendió a la perfección dicha necesidad y creó, en sus cartillas, a los personajes de Polo y Lola, una pareja de pobladores rurales que huían de la guerra y querían escribir cartas.

Aprender a leer y a escribir a través de los caminos de Polo y Lola, resultó, para Osorio, la mejor manera de dialogar con sus estudiantes y maestros. Dejar de ser peones al servicio de un patrón, era la apuesta más grande de este maestro. Nunca era tarde para que la lectura atravesara la vida de un adulto que quería extender los caminos de sus días y sus afectos.

La lectura, en este sentido también puede convertirse en una historia contada por y para el lector. Esta condición de alfabetización narrada hace de la propuesta de Osorio, un hito casi inédito y lo acerca a la connotación afectiva que tiene, en ocasiones, el aprendizaje de las letras. Aprender

a leer la vida de Polo y Lola y ayudarles a escribir sus cartas, no es más que una apuesta profundamente humana de alfabetización.

Hemos hablado de la lectura como la invitada tranquila y conveniente, pero también como la rebelde e indomable posibilidad de existencia de los obreros, las mujeres y los campesinos; el sueño de los maestros y maestras rurales. Conocimos a Osorio y su alfabetización con historia y personajes, la posibilidad de comunicarse y seguir habitando un territorio que había sido arrebatado por la violencia y por unos gobiernos indiferentes y cómplices de la devastación rural. Pero, qué sucede cuando la lectura y la escritura también posibilitan el oficio de cientos de personas que aprenden el arte de la imprenta y la tipografía.

Cuando la lectura se disputa

Este es el caso de una treintena de niñas que trabajó en la imprenta de la Fundación San Vicente de Paul en Medellín hacia 1910. La historia parece sencilla, esta fundación preparó a mujeres pobres para que, por vía de una acción caritativa, trabajaran en la imprenta y pudieran tener un oficio. La cosa es que las imprentas que comenzaron a poblar a la capital antioqueña a inicios del siglo XX, emplearon a estas jóvenes formadas en San Vicente de Paul, pero los puestos comenzaron a escasear.

La solución: abrir una nueva revista auspiciada por esta fundación y a la que llamaron *La Buena Lectura* (1910-1911), hasta aquí todo huele a santidad. Sin embargo, en el primer número de esta publicación aparece un artículo denominado “Las buenas lecturas”. Parte de la descripción de un obrero ignorante y lascivo que se “atreve” a discutir con un hombre santo. Las armas no son más que esta buena revista y un papelucho maloliente y sucio, como es descrito el periódico obrero *El País*. Este “estúpido catecismo escrito por un socialista” se concentra en hablar de igualdad de derechos, en denunciar a la Iglesia católica como un enemigo de las políticas de justicia e igualdad a las que todos tenemos derecho.

El obrero se atreve a decirle al letrado religioso que la fe es un engaño y que Dios solo adormece las fuerzas del levantamiento popular. Ustedes se imaginan a estos dos en pleno andén de una calle..., discutiendo, cada uno, papel en mano, lo que resulta bueno o malo, las lecturas que hacen

daño y aquellas que conservan el amor a la obediencia. Yo quisiera retroceder el tiempo y ser testigo de esa conversación. El hombre santo le cuenta al obrero la terrible historia de una pobre mujer que entre su agonía abrazaba con fuerza una sucia novela de Zolá. Pobre mujer obrera que, en lugar de leer la vida de San Antonio, decidió leer las desventuras de Nana, tan parecida a su vida y que, por ser una lectora terca, encontró la muerte en un sucio cuarto de inquilinato.

La culpa no la tiene el hambre o la pobreza, la injusticia y la inequidad, la culpa la tiene Zolá quien, por tener un alma podrida, escribe la vida de una mujer que puede vivir en cualquier rincón oscuro de la ciudad. Pero la solución está a la mano, darles a los pobres e ignorantes lecturas buenas que los enseñen a obedecer la voluntad del patrón como se obedece la voluntad divina.

Y así fueron apareciendo una serie de relatos llenos de buena voluntad, atravesados por una retórica de la caridad que transformaba a la lectura en una dama más del santoral oficial. Se crearon bibliotecas que comenzaron a considerar la existencia de lectores diferentes como los niños, los trabajadores y los campesinos y se celebró el Centenario de la Independencia con su construcción.

Esa buena voluntad que abría las puertas del cielo a los presidentes generosos fue dejando de lado, poco a poco, escenarios lectores en donde se diera la crítica y la construcción de una razón pública que genere, ante todo, una circularidad cultural; es decir, tomar las armas del patrón para oponerse a él. Por esta razón, la lectura mediada de forma tan correcta, tan profiláctica, tan liviana, no es otra cosa que la continuidad de una práctica domesticadora, cristiana y excluyente.

Personalmente, no veo ninguna diferencia entre las premisas de “leer es volar” o “un país que lee es un país que progresa” y demás, y los ideales de aquellas juntas de alfabetización, de los misioneros gringos, de los maestros rectos con reglas de madera. Leer es habitar el mundo, pisarlo fuerte, preguntarlo a gritos. No podemos olvidar que aquella dama blanca y correcta no existiría sin los lectores anónimos, furtivos y tercicos que la despeinan cada vez que le tocan la puerta. 